

ENTRE LA ACUMULACIÓN PRIMITIVA Y LA REPRODUCCIÓN AMPLIADA. UNA REACTUALIZACIÓN DEL DEBATE Y SU CORRELACIÓN CON LA EXPLICACIÓN DE LOS CONFLICTOS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA

Guido Galafassi

Universidad Nacional de Quilmes, Argentina

Conicet, Argentina

ggalafassi@unq.edu.ar

En los últimos años se ha revitalizado la problemática que diferencia entre acumulación primitiva y reproducción ampliada. La dicotomía entre los modos de acumulación ofrece actualmente un muy rico andamiaje de discusión a partir de la pervivencia de varios componentes de la llamada acumulación originaria. Varios autores han rescatado las nociones que Marx primero y Luxemburgo después consideraban como procesos sucesivos e históricos y reactualizan su pervivencia y coexistencia a partir de las problemáticas de la separación de las poblaciones respecto de sus medios históricos de producción, la aparición del trabajo asalariado y la constante reproducción de los mecanismos de acumulación, el cercamiento de los bienes comunes, diferenciando viejos de “nuevos cercamientos”. Esta distinción constituye un puntapié inicial que nos permite una primera y básica correlación diferencial entre acumulación y conflicto social, pudiendo distinguir todo un ciclo de conflictos basados en la desposesión. El objetivo de este artículo será entonces profundizar esta correlación pensando primordialmente en América Latina.

Palabras clave: reproducción, acumulación, conflictos, América Latina.

BETWEEN PRIMITIVE ACCUMULATION AND EXTENDED REPRODUCTION. AN UPDATE OF THE DEBATE AND ITS CORRELATION WITH THE EXPLANATION OF SOCIAL CONFLICTS IN LATIN AMERICA

The aim of this article is to analyze the relationship between primitive accumulation and expanded reproduction and how this relationship affects social conflicts in Latin America in recent decades. The objective is to characterize the different accumulation processes, related to the development process of natural resources exploitation and occupation and management of the land. The relationship between Capital, State, classes and social movements is one of the focus of this article. It is considered that the liberal and neo-liberal policies have transformed the patterns of social conflicts appearing a greater diversity of actors and the fragmentation of the demands and protests.

Keywords: reproduction, accumulation, conflicts, Latin America.

Introducción

A partir de dos publicaciones de los años noventa y principios del 2000 (Midgnith Notes Collective n°10 y The Commoner n°2), se ha revitalizado la problemática que diferencia entre acumulación primitiva y reproducción ampliada¹. Popularizada a través de la categoría “acumulación por desposesión”, la dicotomía entre los modos de acumulación ofrece actualmente un muy rico andamiaje de discusión sobre el capitalismo latinoamericano a partir de la pervivencia de varios componentes de la llamada acumulación originaria. Varios autores han rescatado las nociones que Marx primero y Luxemburgo después consideraban como procesos sucesivos e históricos y reactualizan su pervivencia y coexistencia a partir de las problemáticas de la separación de las poblaciones respecto de sus medios históricos de producción; la aparición del trabajo asalariado y la constante reproducción de los mecanismos de acumulación y el cercamiento de los bienes comunes, diferenciando viejos de “nuevos cercamientos”. Esta distinción constituye un puntapié inicial que nos permite una primera y básica correlación diferencial entre acumulación y conflicto social, entre resistencia y hegemonía, llegando a distinguir algunos autores un nuevo ciclo de conflictos a lo largo de todo el mundo, basado en la desposesión y nuevo o renovados procesos de luchas contrahegemónicas.

El objetivo de este artículo será entonces profundizar esta correlación partiendo de los aportes originales mencionados que se han hecho recientemente sobre estos tópicos fundantes, para al mismo tiempo considerar las características de complejidad y multidimensionalidad dialécticas de la realidad en tanto correlación permanente de lo objetivo y lo subjetivo. Esto se hará desde un planteo teórico inicial para aplicarlo luego a destacados procesos de conflictividad en América Latina en relación a los componentes y procesos de los modos de acumulación en cuestión.

1. Entre la acumulación originaria y la reproducción ampliada

La historia del desarrollo latinoamericano ha estado marcada primariamente por la ecuación capital-recursos naturales, por cuanto los países latinoamericanos emergieron al mundo moderno con un papel predominante de dadores de materias primas. La producción siempre renovada de paradigmas tecnológicos interactúa de manera estrecha con el proceso de diseño de nuevas geografías y la transformación-creación de nuevos espacios en donde el capital puede ejercer libremente sus capacidades de dominio.

¹ Vale mencionar especialmente a *Revista Theomai* n° 26 (2012), “Trazos de sangre y fuego, ¿continuidad de la acumulación originaria en nuestra época?”, en: <http://revista-theomai.unq.edu.ar/NUMERO%2026/Index.htm>; y *Revista Theomai* n° 25 (2012), “Modos de acumulación, recursos naturales y dominio colonial en América Latina”, en: <http://revista-theomai.unq.edu.ar/NUMERO%2025/Index.htm>.

Dado este panorama, resultará útil retomar y rediscutir las tesis sobre la acumulación primitiva del capital por cuanto en ésta está fuertemente presente la estrategia de la apropiación por la fuerza tanto de componentes humanos, así como del territorio y sus recursos, para después ser legitimado tanto ideológica, política y jurídicamente. En sus formas más clásicas se situaría en un supuesto “estado originario” o en algo “externo” al sistema de la economía de mercado. De esta manera, en Marx (1974 y 2004), la acumulación “primitiva” u “original” tuvo lugar en los inicios de la era capitalista. Fue un hecho del pasado. Su preocupación fundamental fue entonces la acumulación bajo la forma de reproducción ampliada (que fue dialécticamente posible gracias a la acumulación primitiva anterior), caracterizada por un mercado consolidado en donde reinan la propiedad privada y la igualdad jurídica que aseguran una “paz de mercado”, según el credo, tanto de los economistas clásicos como de los actuales neoliberales. Pero para Marx este proceso sólo llevaría a una mayor explotación social, a una mayor desigualdad y a reiteradas crisis de sobre-acumulación. Para Rosa Luxemburgo (2007), a su vez, el curso histórico del capital se nutre de dos procesos ligados orgánicamente. Por un lado, “paz, prosperidad e igualdad”, que son el reino de la producción de plusvalía y del mercado de mercancías que esconden su verdadero ser de apropiación de lo ajeno, explotación y dominio de clase, y por el otro, la relación entre el capital y las formas de producción no capitalistas, en donde reinan –ya sin disimulo– la política colonial, la guerra, la opresión y la rapiña. Y la segunda es funcional y absolutamente necesaria para la primera.

El hecho que los procesos constitutivos de la acumulación primitiva no sean considerados sólo la etapa inicial del capitalismo ni tampoco una condición no capitalista constituye una apreciación cada vez más abundante y es entonces importante explorar este tópico para indagar sobre la presencia de estos mecanismos de separación y usurpación en actividades contemporáneas. Es que estos mecanismos de separación y usurpación no mercantiles constituyen aspectos destacados en el desarrollo de la sociedad de mercado y de su expansión, aun en las áreas conquistadas previamente por relaciones sociales de tipo capitalista pero que actualmente son reconfiguradas a partir de cambios e innovaciones en el entramado regional y mundial de las relaciones de producción y consumo.

Transcurrido todo el siglo XX, son varios los autores que advierten sobre la vigencia de varios de los componentes esenciales de la llamada acumulación originaria de tal manera de conjugar incluso tanto las características de los inicios del capitalismo, así como los mecanismos presentes en las áreas periféricas que permitieron el posterior desarrollo de aquél. Se sostiene que el desenvolvimiento de la economía de mercado moderna nos ha enseñado que la acumulación basada en mecanismos de apropiación y despojo, con sus matices y variaciones, ha ido mucho más allá de sólo un “estado originario” o de sólo como “algo exterior”. Y esta permanencia en la forma de construir el proceso de intercambio se ha hecho mucho más evidente con la crisis del proceso de “Extensión de derechos y redistribución de la riqueza” en la era populista latinoamericana o del más clásico “Estado benefactor” en la

Europa Occidental; y la reemergencia, entonces, de los más elementales principios del liberalismo originario en la forma de neoconservadurismo (o neoliberalismo). Es así que asistimos a la continuación de varios aunque renovados procesos integrantes de lo que se llamó la acumulación primitiva, conjuntamente con la expansión de las relaciones de mercado por el mundo.

La separación de las poblaciones respecto de sus medios históricos de producción, la aparición del trabajo asalariado y la constante reproducción de los mecanismos de acumulación, son tres de los procesos que reaparecen en forma permanente en los diversos lugares que el capital va colonizando o re-colonizando (es decir re-ocupando los espacios con renovadas formas de economía de mercado, en correlación con la evolución mundial de este y con el progreso tecnológico) y así son mayoritariamente tratados por la bibliografía actual que rescata el análisis de la acumulación originaria (o primitiva) para el estudio de la sociedad contemporánea; “acumulación primitiva es una reproducción constante de la acumulación, sea en términos de la renovada separación de las nuevas poblaciones respecto a los medios de producción y subsistencia, sea en términos de la reproducción de las relaciones asalariadas dentro de las establecidas relaciones del capital” (Bonefeld, 2012: 61). Son bien conocidas las consecuencias negativas que estos violentos –en la mayoría de los casos– procesos de separación causaron y siguen causando sobre las personas y comunidades asentadas en la tierras conquistadas (o reconquistadas) por el capital. Este proceso de apropiación y separación fue y sigue siendo un mecanismo esencial para el desarrollo del capitalismo, por cuanto provee el soporte necesario tanto en fuerza de trabajo como en libertad de usufructo de los recursos espacio-territoriales presentes; “el brutal proceso de separación de la gente respecto a sus medios de auto-provisión, conocido como acumulación primitiva, causó enormes sufrimientos materiales a la gente común. Esta misma acumulación primitiva proveyó las bases para el desarrollo capitalista” (Perelman, 2012: 42). Así, “la acumulación primitiva, entonces, no es sólo un período a partir del cual emergieron las relaciones sociales capitalistas. Más bien, es el acto histórico constitutivo de las relaciones sociales capitalistas como un todo. Como Marx puntualizó, esta separación “determina la concepción del capital”. La separación del trabajo respecto a sus condiciones y la concentración de estas en las manos de “no trabajadores” postula al capital como una forma perversa de una práctica social humana en donde el proceso de producción domina al hombre, en lugar de ser controlado por él” (Bonefeld, 2012: 68).

Si dejamos de lado la reproducción simple por su carácter básicamente hipotético y heurístico, tenemos a la reproducción ampliada (o acumulación propiamente dicha) como la forma básica que adquiere la acumulación del capital una vez producida la separación del trabajador de sus medios de trabajo y una vez instalada al mismo tiempo la propiedad privada de los medios de producción. Individualismo jurídico, libertad contractual e igualdad de oportunidades, todo normativamente establecido, serían el componente político de la reproducción ampliada que se asienta en mercados competitivos en donde lo que se intercambian son mercancías, siendo el mismo trabajo

una mercancía más. El Estado, a la vez que facilitador de los mecanismos de mercado, sería el garante, como vimos, de las condiciones de “paz, propiedad e igualdad” para que la acumulación se lleve adelante bajo formas regladas en donde la explotación queda desdibujada y oculta bajo la forma legal del trabajo y la mercancía. Ocultamiento que, como ya mencionamos, no era tal en la llamada acumulación originaria o primitiva, por cuanto en ésta está fuertemente presente la estrategia de la apropiación por la fuerza tanto de las vidas humanas, así como del territorio y sus recursos, ya sea que se lo interprete como un supuesto “estado originario” o como algo “externo” al sistema. Sin embargo y como vimos, diversos autores sostienen hoy la pervivencia de varios de los componentes esenciales de la llamada acumulación originaria, de tal manera de conjugar incluso tanto las características de los inicios del capitalismo así como los mecanismos presentes en las áreas periféricas que permitieron el posterior desarrollo de aquél: la separación de las poblaciones respecto de sus medios históricos de producción, la aparición del trabajo asalariado y la constante reproducción de los mecanismos de acumulación, el cercamiento de los bienes comunes, diferenciando viejos de “nuevos cercamientos, etc. (Midnight Notes Collective, 1990; De Angelis, 2012; Bonefeld, 2012; Perelman, 2012), o lo que otros definen sencillamente como “acumulación por desposesión” (Harvey, 2004; Roux, 2008).

La continuidad de varios de los componentes de la acumulación originaria nos obliga a establecer ciertos puntos centrales que nos permitan identificar y al mismo tiempo diferenciar procesos, para de esta manera poder establecer correlaciones con tipologías de conflictos, sujetos y demandas. Tanto en la reproducción ampliada (acumulación propiamente dicha) como en la llamada acumulación originaria, se produce esa separación entre productores y medios de producción, pero mientras la primera implica la reproducción (continua) a escala ampliada de dicha separación, en la acumulación originaria podemos hablar de la creación, del inicio nuevo de dicha separación, estableciéndola de una vez y para siempre. A su vez, mientras en la reproducción ampliada esta separación se da y se mantiene “naturalmente” en base al juego conjunto consenso-coerción impuesto por las relaciones económico-políticas en la acumulación originaria la separación es creada, principalmente, por una fuerza directa extraeconómica (que se complementa y/o transforma en indirecta por vía político-legal). Por último, podríamos establecer también que mientras en la reproducción ampliada lo que predomina son los mecanismos de explotación (extracción de plusvalía como componente esencial), en la acumulación originaria sería el mecanismo de expropiación (vía la fuerza) el predominante.

La continuidad de los mecanismos de la acumulación originaria² hace que esta conviva actualmente con los procesos de la reproducción ampliada, manifestándose una serie diversa de contradicciones y antagonismos además del neurálgico capital-

² Perelman (2012) sostiene la idea de que el carácter continuo de la acumulación primitiva ya está presente en Marx a pesar que por razones políticas más que teóricas enfatizó siempre sobre la “silenciosa compulsión del mercado”.

trabajo, de tal manera que es posible identificar correlaciones con la conflictividad social que vayan bastante más allá de una simple tipología de sujetos (nuevos o viejos movimientos sociales, por ejemplo). Esta continuidad hace que en el presente, la aparición de procesos y componentes de la acumulación originaria respondan a una estrategia del capital con la intención de avanzar sobre aquellas áreas de las relaciones sociales todavía no del todo incorporadas al mercado, en lugar de su papel “primitivo” en la fundación del capitalismo. Así, los mecanismos de la acumulación originaria representan en la actualidad no ya aquello que ocurre antes de la emergencia del modo de producción capitalista, sino más bien la base y la precondition para que la reproducción ampliada (o acumulación propiamente dicha) pueda llevarse a cabo con mayor amplitud. Vale apelar al concepto de “doble movimiento” de Karl Polanyi, en el sentido de resistencia por parte de las instituciones sociales de protección ante el continuo embate del mercado por avasallar aquello todavía no mercantilizado.

De esta manera, el proceso de cercamiento propio de la acumulación originaria puede fácilmente ser identificado en todas las políticas neoliberales (tanto en la periferia como en los países centrales) que se llevaron por delante las áreas de protección en términos de derechos comunes, creadas tanto por el Estado de bienestar europeo como por los programas populares-reformistas de la periferia. Los conflictos y procesos de movilización social de los noventa en esta última región y los actuales conflictos en Europa pueden ser entendidos, entonces, como un movimiento de la sociedad por resistir a perder aquellos “bienes comunes” que habían logrado todavía mantener (en un movimiento análogo al de la resistencia campesina a los cercamientos de tierras durante la transición del feudalismo al capitalismo, proceso campesino que Federici (2010) lo relaciona con la problemática de género, al relacionar el proceso de acumulación en la transición del feudalismo al capitalismo con la degradación de las mujeres). Esta primera distinción dentro del proceso de acumulación es un puntapié inicial que nos permite una primera y básica correlación diferencial entre acumulación y conflicto social, llegando a distinguir algunos autores un nuevo ciclo de conflictos a lo largo de todo el mundo basados en la desposesión, que más adelante discutiremos (Riker, 1990; Federici, 1990; Levidow, 1990; Harvey, 2004; Glassman, 2006; Gilly y Roux, 2009; Navarro Trujillo, 2015).

2. De los viejos a los nuevos cercamientos

Esta separación y apropiación no hubiera podido darse de esta manera sin el proceso de cercamiento de los bienes comunes. Efectivamente, era indispensable para las clases capitalistas nacientes desposeer de sus bienes –más bien de los bienes “comunes” que usufructuaban más que poseían– a las clases previas para que ellas mismas pudieran constituirse como clases propietarias y erigir a la propiedad privada como pilar fundamental e inamovible de la nueva sociedad. Este proceso de “cercamiento” de tierras de usufructo común, largamente tratado en una extensa bibliografía, fue el arranque inicial en las regiones de origen de la sociedad capitalista, la cual debió obviamente refrendar esta expropiación construyendo un nuevo marco de

justificaciones y legitimaciones de la nueva situación, es decir, construyendo un marco jurídico y un centro de poder (Estado) capaz de aplicarlo³.

Este proceso de cercamiento, tan característico del capitalismo en sus inicios, es uno de los componentes y procesos anunciados más arriba que continúan sosteniéndose hasta la actualidad y que se manifiestan en diversas formas de acuerdo a las particulares conjunciones de tiempo y espacio; es que “todas las características mencionadas por Marx se mantuvieron muy presentes en la geografía histórica del capitalismo” (Harvey, 2004: 10).

A estos procesos, más predominantes pero no exclusivos en áreas periféricas del sistema mundial y en buena medida correlacionados en las últimas décadas con el endeudamiento externo (Riker, 1990; Federici, 1990; Levidow, 1990), se los viene identificando precisamente como “nuevos cercamientos”⁴. Pero es entonces importante advertir una diferencia sustancial entre los viejos y los nuevos procesos de cercamientos, en cuanto a que los primeros se constituían conjuntamente con la creación —y eran el soporte inicial— de la nueva legalidad y legitimación de la sociedad de mercado, mientras que los actuales se construyen a partir de una legalidad ya constituida que no cambia en sus formas sustanciales sino solamente en sus variantes. Así, mientras en los primeros cercamientos de lo que se trataba justamente era de fundar la propiedad privada como pilar fundamental de la sociedad, en la actualidad de lo que se trata es de expandir los espacios alcanzados por la propiedad privada o recuperarse en aquellos ámbitos en los cuales había tenido que ceder cierto terreno. Fueron justamente las políticas neoliberales las encargadas explícitas de llevar adelante estos objetivos en el mundo entero, avanzando más en aquellas regiones o países en donde las condiciones socio-políticas así se lo permitieron. De más está decir que Argentina fue uno de los países más adelantados en la implementación de estas recetas neoliberales en la década de los noventa (Galafassi, 2012)⁵.

3. Conflictividad social y contradicciones diversas: entre las clases y los movimientos sociales

En la complejidad del proceso de acumulación se desarrolla un entramado de conflictividad que acompaña todo el devenir social, tanto en la transición a la modernidad como en el transcurso de la modernidad misma. De esta forma se pueden superar ciertos análisis parciales de los procesos de conflicto que los individualizan y fragmentan dotándolos de una supuesta autonomía que en el fondo

³ Para un análisis extenso de los cercamientos de los bienes comunes y su vigencia actual, ver Perelman (2012).

⁴ Respecto a la metodología utilizada por los nuevos cercamientos, ver Midnight Notes Collective (1990).

⁵ De Angelis (2012) se encargará precisamente de diferenciar las formas modernas de la acumulación primitiva de aquellas de los cercamientos originales en Inglaterra.

no es tal, que los obliga a preguntarse para cada ocasión, por ejemplo, el por qué los individuos se juntan para protestar. Incorporar el modo de acumulación y en el análisis de los conflictos implica abordar la articulación entre un determinado proceso de producción y desarrollo con un marco institucional en el que intervienen aspectos legales, culturales, normativos y espaciales. Partiendo de la ley general de la acumulación moderna, podemos sin embargo diferenciar períodos históricos o recortes espaciales en donde la acumulación adquiere características específicas, debido justamente a la particular combinación de los factores arriba mencionados. Es esta especificidad la que intentamos conceptualizar como modo de acumulación. Trabajar con modo de acumulación implicará discutir las diferentes apreciaciones teóricas elaboradas, tanto desde la escuela regulacionista (Aglietta, 1979; Boyer, 1989; Lipietz, 1992) como desde variantes posteriores (Jessop, 1990 y 1996; Hirsch, 1992) o críticas desde el marxismo abierto (Werner Bonefeld, 1992; Simon Clarke, 2007), entre otras.

El surgimiento de la modernidad a costa de la superación del feudalismo, por un lado, y de la colonización y desaparición/absorción de múltiples culturas de los mundos extra-europeos, por otro, significó saldar ciertas grietas en favor de valores nuevos como humanismo, racionalismo, libertad individual, igualdad de derechos y oportunidades, preponderancia de una perspectiva material de la vida en desmedro de las legitimaciones espirituales, etc. Pero al mismo tiempo, al definirse la modernidad en términos capitalistas se sentaron las bases de una contradicción fundamental (pero no única) dada entre el capital y el trabajo, por cuanto el capital necesita de la fuerza de trabajo para poder realizar su plusvalía al mismo tiempo que le significa costos que por lo tanto se tiende a eliminar o disminuir; y la fuerza de trabajo, dadas las condiciones de “libertad individual” y disponibilidad única de su capacidad laboral, necesita forzosamente emplearse para poder conseguir su sustento diario, vía el circuito del dinero, a pesar de que esto implique someterse a relaciones de explotación que tarde o temprano tenderá a rechazar. Así, esta condición de necesidad mutua guarda esencialmente su propia impugnación, por la tendencia a la eliminación de los costos por un lado y de la relación de explotación por otro. Pero junto a esta contradicción fundamental se constituye una condición básica asentada en la privatización de lo común, comenzando por la tierra en tanto medio de producción y de trabajo creador de valor, que se traduce en la mercantilización ininterrumpida y creciente de las múltiples dimensiones de la vida. Si en el feudalismo y en las culturas extra-europeas previas a su colonización el carácter de lo común ocupaba un lugar de relativa alta importancia tanto en la producción como en los valores simbólicos, la lógica del capital fue cercenando crecientemente esta premisa por cuanto su propia constitución se asienta en la apropiación privada e individual de los medios de vida, su legitimación normativo-jurídica, su justificación ideológica y cultural y su rubricación política en tanto proceso de construcción de

hegemonía⁶. Así, de la apropiación privada de la producción se pasa gradualmente a la constitución de la propiedad privada como un valor esencial y cada vez más excluyente en el modo de vida moderno-capitalista, cubriendo gradualmente todos los aspectos de la existencia, profundizados actualmente en la creciente y persistente tendencia neoliberal y en la profunda crisis de las diversas corrientes ideológicas y políticas críticas del capitalismo.

Esta mercantilización y privatización de lo común (justificada y aceptada mayoritariamente) se entrecruza con la contradicción fundamental, atravesando la esencialidad de la modernidad capitalista. Pero se superpone además con otra serie de antagonismos y contradicciones que persisten, surgen y/o se multiplican, pudiendo constituirse en ciertos casos y por momentos en antagonismos más sobresalientes que aquel definido entre el capital y el trabajo. Contradicciones y antagonismos de género, étnicos, político-regionales, entre la sociedad y la naturaleza, entre el capital y las condiciones de producción (la llamada segunda contradicción de capitalismo por O'Connor), contradicciones culturales y de valores (entre lo privado y lo común), entre los principios de liberalismo económico y aquellos del liberalismo político, entre el sujeto como individuo y el sujeto como ser social, entre lo común y lo privado como característica de los bienes materiales y simbólicos, entre las diversas formas de valorar la vida y la existencia, entre la aceptación inerte de una subjetividad impuesta y la construcción consciente de una subjetividad no domesticada, etc. La relación entre las diferentes contradicciones y los procesos de desposesión fue largamente trabajada. A modo de ejemplo vale citar a Federici (2010) y su análisis de la desposesión en relación al problema de género; a González Casanova (1969 y 2003), quien aborda la cuestión de las contradicciones referentes a los procesos de explotación y colonización; a Sandro Mezzadra (2001), quien trabaja sobre la desposesión, la exclusión y las migraciones; y por último vale citar la más clásica contradicción entre trabajo y capital y su relación con la subjetividad, lo sindical, el fetichismo y la acumulación presente en los textos de Ana Dinerstein y Michael Neary (2009), John Holloway (2009), Simon Clarke (2009), Graham Taylor (2009) y Harry Cleaver (2009).

Entender la conflictividad moderna implica, por lo tanto, atender a todas estas series de contradicciones y antagonismos, pues a partir de ellas se construyen y emergen las diferentes series de procesos de conflicto montados sobre un soporte básico de una sociedad regida por la lucha de clases, en tanto está constituida por clases antagónicas. Pero esta lucha de clases no se expresa todo el tiempo como tal en su faceta más explícita (como buena parte del marxismo la entendió al problematizar casi exclusivamente la contradicción burguesía/proletariado y su emergencia de conflictos) sino que está permeada en forma permanente por estas múltiples contradicciones, expresándose diferencialmente una o algunas de ellas de acuerdo tanto a la constitución social de que se trate como al proceso histórico de

⁶ Respecto a la lectura de los procesos sociales a la luz de la categoría hegemonía, ver Galafassi (2011).

constitución de la misma. Y es así entonces podemos reconocer, además de las clases (con toda su complejidad, en fracciones y procesos de construcción de conciencia diversos, que no se termina en una simple división binaria y maniquea) toda otra sería de sujetos colectivos, entre los cuales los movimientos sociales quizás hayan emergido en las últimas décadas como los más característicos. Sujetos colectivos (tomados por el individualismo metodológico como alternativa de cambio de las clases sociales) que interaccionan dialécticamente con la constitución de la sociedad en clases y con el proceso subyacente de lucha de clases. Esto implica tener que reconocer toda una serie compleja de procesos de construcción de identidad y subjetividades que caracterizan tanto a las diferentes fracciones de clases como de sujetos colectivos y expresiones de la individualidad, que se montan entre y sobre los procesos políticos de dominación y construcción de hegemonía⁷.

Pero vale destacar que el uso mayoritario de los conceptos (que especifican la generalidad de la categoría “sujetos colectivos”), como “nuevos movimientos sociales”, “movilización de recursos” y “acción colectiva”, tienden de una manera concurrente a referirse a los procesos de conflicto, eligiendo una mirada más fenoménica y centrada sesgadamente en el sujeto y la acción colectiva (Olson, 1965; McCarty, 1977; Touraine, 1978; Tilly, 1978; McAdma, 1982; Melucci, 1984; Diani, 1992; Craig Jenkins, 1994; Tarrow, 1997). Pero aquí estoy proponiendo leer la conflictividad desde una perspectiva más dialéctica, analizando los actos fenoménicos en sus relaciones socio-históricas en donde las “novedades rupturistas” podrían más bien entenderse como procesos de cambio y de renovación en tanto características intrínsecas al proceso permanente de transformación de la modernidad. De esta manera resultará más que útil considerar el origen del concepto “nuevos movimientos sociales” en las revueltas de los años '60 en los países centrales que apelaban al desvelamiento de los otros antagonismos no exclusivamente centrados en la contradicción capital/trabajo, pero sin que esto implique adherir ciegamente a todo el corpus teórico del individualismo metodológico que dio origen a esta categoría de análisis (Galafassi, 2012b). Es que la aparición de nuevas o renovadas formas de conflictividad se asentó sobre cambios en los modos de acumulación que reconfiguraron no sólo los procesos productivos sino también las relaciones sociales y los imaginarios culturales y colectivos, y en los argumentos para construir hegemonía y contra-hegemonía cambios sin los cuales no sería posible entender la renovación de los conflictos y de las identidades participantes. Es decir que vemos la yuxtaposición de antagonismos, la renovación de las formas de protesta, de organización y de subjetivación, la diversificación de los conflictos y la expresión compleja y múltiple de un proceso estructural de lucha de clases que no deja de existir a pesar del “relajamiento” de las reivindicaciones de la clase obrera como tal.

⁷ Esto implicará remitirse a lo que Karel Kosik (1967) llamaba la “dialéctica de lo concreto”.

4. Acumulación y conflictividad en América Latina

La realidad latinoamericana y de toda la periferia nos muestra claramente esta serie de interacciones entre acumulación y conflictividad, conjugándose la más clásica contradicción capital-trabajo en donde se ponen en juego primordialmente los mecanismos de la reproducción ampliada con las restantes contradicciones destacadas más arriba, en las que se involucran tanto la contradicción entre el capital y las condiciones de producción, como aquellas asentadas en antagonismos socio-culturales, políticos, étnicos y de construcción de diversas identidades, estando la puja por lo común siempre presente, destacándose a su vez los cambios en las perspectivas culturales de interpretación de los conflictos y los diferenciales procesos de concientización y subjetivación política de los distintos sujetos participantes.

Es que América Latina es rica al mostrar profundamente todas estas interacciones socio-históricas, socio-estructurales, simbólicas y culturales, tanto en su diversidad exterior como en sus relativas determinaciones en común. Los mecanismos de la acumulación originaria interactúan en un juego permanente pero renovado con las definiciones de la reproducción ampliada dominante, conformando así una complejidad histórica y espacial de los procesos de conflicto que no puede ser ignorada, ni tampoco reificada en tanto ausencia de nodos tendencialmente dominantes.

Pero vale destacar que toda la diversa serie de procesos de conflictividad social en América Latina de la última década ha generado una muy numerosa literatura que intenta precisamente explicarlos principalmente en base a los esquemas teóricos del mundo desarrollado centrados en lo fenoménico y lo organizacional. Estos conflictos nos sirven gráficamente para problematizar las distintas categorías de interpretación, tanto del individualismo metodológico como de las perspectivas dialécticas (Gaudichaud, 2010). Para el caso de Argentina, quizás lo más destacado hayan sido los numerosos cortes de ruta de fines de los '90 y principios de los '2000, que sirvieron como acicate fundamental para volver a poner el conflicto social en un lugar destacado del análisis sociológico (Galafassi, 2012). Primero en Cutral-Có y Plaza Huincul (Neuquén) y luego en General Mosconi (Salta) se producen fuertes “puebladas” que tienen básicamente como protagonistas a ex trabajadores, para extenderse luego al resto del país. La abundante producción académica de la época los define rápidamente como los primeros representantes en el país de los llamados “nuevos movimientos sociales”, marcando así un corte fundamental con todo proceso de conflicto previo (Svampa, 2003; Auyero, 2004; Giarraca, 2001; Schuster, 2005). Pero remarquemos que se trata de conflictos protagonizados fundamentalmente por ex trabajadores que en el momento se encontraban en una situación de desocupación al ser en su mayoría despedidos en el marco de la racionalización económica, y que los procesos de construcción de hegemonía de la época los catalogaba como “sobrantes” a partir de las interpretaciones diversas de la intelectualidad y prensa orgánicas. Pero si nos remitimos entonces a un análisis basado en la correlación conflicto-acumulación, podemos vislumbrar la riqueza analítica encerrada en estos procesos de conflicto.

Es que los sujetos parten de la condición de trabajador industrial ocupado, posición clásica de la reproducción ampliada, para pasar a ser trabajadores desocupados a través de un proceso de “cercamiento” de los “bienes sociales comunes” (que remite a los componentes y mecanismos de la acumulación originaria que persistirían) vía las políticas de privatización y financiarización de la economía.

Esto implica reconocer el carácter continuo de los procesos de cercamiento a los bienes comunes sociales, ya que “...enfatar sus características comunes nos permite interpretar lo nuevo sin olvidarnos de las duras lecciones de lo viejo. [...] el actual proyecto neoliberal, que de diversas maneras se propone avanzar sobre los bienes comunes sociales creados en el período de posguerra, se establece a sí mismo como una moderna forma de cercamiento, que algunos denominan como nuevos cercamientos. Así, la comprensión del carácter continuo de los cercamientos ilumina dos cuestiones cruciales. Primero, el hecho de que existe un sustrato común entre las diferentes formas fenoménicas que adoptan las políticas neoliberales y que, por lo tanto, las poblaciones del Norte, Este y Sur están enfrentando estrategias de separación de sus medios de existencia, posiblemente diferentes en apariencia, pero sustancialmente similares en sus lógicas profundas. Segundo, esto nos permite identificar la cuestión esencial que cualquier debate sobre las alternativas en el marco del creciente movimiento global anti-capitalista debe plantearse: el problema del acceso directo a los medios de existencia, producción y comunicación, es decir el problema de los bienes comunes” (De Angelis, 2012: 33). Los bienes comunes sociales reaparecen en escena en el marco de los conflictos y antagonismos característicos de la reproducción ampliada. Son estos bienes comunes sociales conquistados los que son “expropiados” vía mecanismos de la acumulación originaria (“nuevos” cercamientos), al entrar en vigor el modo de acumulación neoliberal. Se produce de nuevo una separación, ya no quizás entre el trabajador y sus medios de producción originales, sino entre el trabajador y sus condiciones de vida mejoradas gracias a la conquista de los bienes comunes sociales.

Para los casos de los conflictos de General Mosconi y Cutral-Có mencionados más arriba, la empresa petrolera YPF, de propiedad estatal, constituía el eje del desarrollo, ya que además de ser una fuente de trabajo regional, asumía toda una matriz de desarrollo local ligada a la intervención del Estado, ya sea vía la misma empresa o a través de organismos y procesos vinculados a otras áreas complementarias, motorizando y sosteniendo a su vez una red de mercado capitalista regional, creando así “polos de desarrollo” en donde la desocupación era marginal y creando al mismo tiempo un entramado de cultura comunal local y de subjetividades que dependían fuertemente de la presencia de la empresa estatal, construyendo la identidad del “ypefiano”, bases de sustentación al mismo tiempo de los procesos de hegemonía política locales. Al privatizarse YPF, se desmorona todo este entramado de contención, al imponerse un “nuevo cercamiento” sobre las condiciones de existencia en base a “bienes sociales comunes” (que promovía la YPF, estatal), ganando la desocupación la primera plana al expulsar a trabajadores dejándolos sin trabajo y al hacer desaparecer el mecanismo

de promoción de políticas de bienestar y sostenimiento regional. Una serie sucesiva de grandes procesos de conflicto fue la consecuencia (“puebladas” de 1996 y 1997 en Cutral-Có / Plaza Huincul, Neuquén de 1997-2001 en Tartagal / General Mosconi, Salta), en donde los trabajadores (ayer ocupados, hoy desocupados) y todo su entorno familiar y comunitario se rebelaron ante esta situación demandando trabajo y la recuperación de los bienes sociales comunes perdidos. Al trastocarse las identidades previas, se reconstruyen estas y se fue logrando una organización de lucha, solidaridad y nuevas formas de auto-sustentación que tendrán diferentes historias de acuerdo a variables diversas de las regiones en cuestión. Las nuevas relaciones hegemónicas generaron excluidos que pasaron a luchar por ser incluidos nuevamente, o en algunos casos por cambiar las relaciones de dominación.

Recordemos que se caracteriza al proceso de la acumulación originaria como la separación del trabajador de sus medios de producción. En el propio contexto de la reproducción ampliada, con una parte importante de la clase trabajadora regional en condición de desocupación, se observa un proceso de reedición de esta separación, a través del despojo de sus medios de ingreso (salario). El resultado es el mismo: dejar al trabajador a merced de las ofensas del sistema, trabajo asalariado en los inicios de la industrialización o subsidios para desocupados en el contexto de la privatización. Del despojo de sus medios de producción al despojo de sus medios de ingreso, así es como pueden entenderse los procesos de cercamiento de los bienes sociales comunes. Los movimientos de trabajadores desocupados y los de fábricas recuperadas interpretaban al trabajo como un “bien social común”, como un derecho, como la condición básica para constituirse en asalariado, para constituirse como clase (más allá de que muchas veces la subjetividad e identidad no acompañen necesariamente con su condición social de base, proceso en el cual intervienen, entre otros, los diversos dispositivos culturales y políticos generados a partir de la construcción ramificada y compleja de hegemonía por parte de las fracciones de clases dominantes y sus aliadas). A pesar de ser el trabajo asalariado sinónimo de creación y transferencia de valor, es el único medio de subsistencia para los trabajadores en las sociedades capitalistas y de ahí que su ausencia vía el despojo originaba el reclamo por recuperar un bien común, un derecho perdido por la política de la privatización.

En síntesis, podemos ver cómo desde procesos enrolados en la reproducción ampliada al introducirse condiciones y situaciones de “despojo por la fuerza” (característicos de la llamada acumulación originaria) se termina en conflictos en donde los sujetos siguen siendo aquellos característicos de los procesos de la reproducción ampliada. Muchas situaciones nuevas se suceden y se construyen nuevas identidades o se renuevan, pero no podemos hablar cabalmente de nuevos sujetos o nuevos movimientos, sino del cambio de condición de un mismo sujeto, el obrero, en la medida que van cambiando los parámetros y procesos de las formas en que se desenvuelve el modo de acumulación en su evolución. Sobre estas premisas básicas del análisis, se podrán considerar toda una serie de procesos de subjetivación,

organización del movimiento social y construcción y reconstrucción de identidades en tanto sucedáneos de los procesos de conflicto dialécticamente relacionados a los cambios en el modo de acumulación. Movimiento social se confunde y superpone con clase social por cuanto el conflicto se centra primero en la identificación del desocupado *per se*, para pasar luego y muy rápidamente a constituirse los “movimientos de trabajadores desocupados” que comienzan a corresponderse gradualmente con la lucha del resto de la clase trabajadora.

Por su parte, las movilizaciones de campesinos y de pueblos originarios que se vienen gestando a lo largo de toda América Latina desde el mismo momento de la conquista, así como los más recientes movimientos para oponerse a los proyectos mega-extractivos⁸, intentaron e intentan poner un freno al “saqueo” del territorio que afecta de modo directo la continuidad de la vida de cientos o miles de comunidades⁹. Se posicionan tomando a la naturaleza y al territorio como un bien común, adoptando de esta manera el papel histórico más tradicional en la argumentación sobre los fenómenos de despojo por la fuerza, vinculado a los procesos de la clásica acumulación originaria. Territorio y naturaleza, en tanto bienes comunes, remiten directamente a los postulados de Marx y Luxemburgo, pero también al tratamiento que hiciera el ecologismo crítico de los años 60 sobre el tema, y se vinculan con los planteos —claramente más neoclásicos referidos a la argumentación sobre la tragedia de los comunes también por los mismos años (Hardin, 1968) o los planteos actuales que recuperan la discusión sobre la pervivencia de los mecanismos ligados a la acumulación originaria (ver *Revista Theomai* 25 y 26, dedicados íntegramente a tratar esta problemática).

Bienes comunes naturales y sociales, materiales y simbólicos, comparten posiciones y condiciones en la historia de la civilización y así también lo hacen desde la conceptualización teórica todas aquellas organizaciones y movimientos que se inscriben en esta tipología de conflictividades, al ser la atomización mercantilista de lo humano aquello que está en juego. Tanto los pueblos originarios y campesinos que parten de su organización más comunitaria y su uso común de la tierra y los recursos¹⁰, como el movimiento Neozapatista, el Movimiento sin Tierra, las tesis del Buen Vivir, las asambleas que se oponen al saqueo ambiental del presente, junto a la histórica organización comunitaria y cooperativa de la clase obrera en tanto “clase para sí”, o las más recientes prácticas organizativas y productivas de movimientos de desocupados, asambleas ciudadanas u organizaciones de fábricas recuperadas, comparten varias premisas que rescatan la idea de bien común; premisa que es obturada, vía los cercamientos y la privatización (ya sea temprana o tardía), tanto

⁸ Sobre la expansión de la mega-minería en América Latina, ver Villamil Velásquez (2012).

⁹ Para estudios de caso ver, por ejemplo, Lander (2004), Kruse (2005) y Villegas Quiroga (2003).

¹⁰ Problemática que Mariátegui, en sus Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana lo dejó claramente planteada hace ya muchas décadas.

por los mecanismos de la acumulación originaria como por los mecanismos de la reproducción ampliada.

Es entonces que los movimientos sociales, a la vez que han descentrado las demandas desde la contradicción básica capital-trabajo hacia otras contradicciones y antagonismos, han puesto sobre el tapete muchos mecanismos de alienación cultural y también la problemática de los bienes comunes más allá de la cuestión de clase (Piqueras, 2002; Galafassi, 2012b). Con la consolidación, en los países centrales, del pacto keynesiano entre capital-trabajo se desplegaron toda una serie de luchas fragmentadas que continúan hasta nuestros días, en pos de reivindicaciones contra la alienación más allá del estricto campo material de la explotación salarial (alienación cultural, simbólica, ideológica, cotidiana, ambiental). O lo que Gramsci (1992) llamaba “conflictos superiores al mundo material inmediato”, luchas en el marco de la reproducción ampliada pero que excedían y exceden aquellas perspectivas estrechas de la contradicción capital-trabajo que veían y ven a la clase obrera como el único sujeto válido en los procesos antagónicos de las sociedades modernas. Se viene dando una lucha por la “desmercantilización” de ciertos consumos y esferas de la vida, intentando reconstruir un espacio de bienes comunes por fuera de los mecanismos del mercado, quitándolos, separándolos de la reproducción ampliada, aunque, como se dijo, en muchos casos los propios involucrados en el conflicto no lo argumenten en este marco de totalidad sino primordialmente en términos de una lucha focalizada y puntual. Una construcción contra-hegemónica y reconstitutiva de una subjetividad e identidad diferente, aunque muchas veces solapada y no explícita, está presente en este proceso. Se construye en contra de las premisas del neoliberalismo que representa la inteligente y eficaz estrategia para volver a reconstruir cercamientos –vía las privatizaciones y la liberalización del mercado– a los bienes sociales comunes que se habían “recuperado” con el estado benefactor, fragmentando aún más los procesos de lucha al exacerbar la perspectiva individualista y competitiva de la vida. Se hace necesario entonces un ejercicio teórico de reunificación, tanto de las miradas fragmentadoras como de las fragmentadas protestas y luchas, retomando los horizontes integradores de las diversas teorías críticas no dogmáticas, articulando dialécticamente conflicto, acumulación y construcción de hegemonía.

Si los movimientos pacifistas, ecologistas y estudiantiles de los países centrales en los años '60 denunciaban, por un lado, el carácter alienante de la sociedad de consumo que excedía el marco de explotación del puesto de trabajo, los movimientos de liberación nacional y social del tercer mundo mostraban, por otro –aunque muchas veces de maneras truncas–, que la lucha de clases no se restringía exclusivamente al obrero industrial y tomaban la bandera de una mayor amplitud que incluía necesariamente horizontes políticos, geopolíticos y de desarrollo regional como reivindicación principal, con el objetivo de reconstituir lazos comunitarios igualitarios (objetivo que no muchas veces llegó al éxito). Los movimientos antiglobalización de los años '90 sitúan más explícitamente la problemática de los bienes comunes, y las infinitas protestas de campesinos y pueblos originarios en América Latina y otros puntos

del subdesarrollo vuelven a situar la cuestión de la tierra y el territorio como un aspecto insoslayable de los procesos de acumulación. La democracia deliberativa de los muy diversos movimientos asamblearios a lo largo del mundo ha vuelto a reaparecer –aunque en forma fragmentaria– y con vaivenes en tanto un bien común organizativo básico de todo movimiento antisistema, como reacción primaria al individualismo de la democracia representativa pero también a la burocratización y dogmatización de la izquierda y los sindicatos tradicionales.

Al incrementarse exponencialmente la mercantilización de la vida con el neoliberalismo, el rescate del concepto de bien común posibilita rever el proceso original y característico de todos los modos de acumulación bajo el reinado del capital, que implican necesariamente la separación del trabajador de sus medios de existencia. Pero esta separación hay que entenderla en toda su complejidad, por cuanto no se limita exclusivamente al proceso de intervención manual sobre el objeto de trabajo en el puesto laboral, sino que abarca a las diversas dimensiones complejas que estructuran la vida de los hombres dentro del modo de acumulación capitalista. Al ser la separación la marca de origen, luego se manifiesta en cada uno de los aspectos cotidianos que van siendo paulatinamente cercados y privatizados para poder así el capital administrarlos. Estado y capital administran estratégicamente este proceso. Así, ante el avance del comunismo soviético en el primer mundo –o su expresión vernácula en el tercer mundo–, la respuesta fue el Estado de bienestar o el reformismo populista (quienes se encargaron de recrear espacios comunes mediante el pleno empleo y el consumo amplio, por ejemplo) que dejaba fuera, temporalmente, ciertos procesos de cercamiento. Pero luego y rápidamente se desandan estos pasos una vez instaladas de las últimas dictaduras en América Latina o la caída del Muro de Berlín en Europa, y el individualismo creciente se impone con las recetas de cercamientos neoliberales. Cercamiento y despojo se suceden entonces a lo largo de la historia del capital, manteniendo vivos ciertos mecanismos de la acumulación originaria que se interpenetran con la contradicción básica de la reproducción ampliada constituida por la relación capital–trabajo.

5. Construcción social de los conflictos en la territorialidad latinoamericana: dialéctica de los procesos de acumulación

El proceso socio–histórico de producción/reproducción moderno insinúa más que ningún otro no sólo al trabajo humano (y su subjetivación) y a la naturaleza en forma de recursos naturales, sino al territorio mismo en tanto sostén complejo de todas las actividades de extracción, producción, intercambio y reproducción de la vida social y también simbólica. Es que la proliferación de lo que los pensadores frankfurtianos, especialmente Adorno y Horkheimer (1969), llamaron racionalidad instrumental está en la base de todo el desarrollo moderno (Galafassi, 2006 y 2006b). Es la propia “lucha civilizatoria” la que se despliega en la construcción y uso de este “territorio moderno”, dando lugar a una conjunción dialéctica de variables, es decir, a un territorio complejo en tanto necesariamente debe romper con una definición

mecanicista que privilegia sólo el espacio físico desplegado como soporte inmanente de las actividades. Así, espacio material y espacio simbólico son dialécticamente sostén y creación de la historia y la cultura, al mismo tiempo que de ellos emana también el proceso de construcción de utopías colectivas y alternativas societales, de las cuales América Latina es rica en ejemplos que se renuevan constantemente. La reproducción ampliada y la pervivencia de mecanismos de la acumulación originaria —como caras de una misma moneda— han definido la historia americana como sinónimo de procesos de reconstrucción y manipulación de los ritmos de vida de los sujetos y de alteración permanente del paisaje, insertos en un patrón de desarrollo cuyo eje lo marcan los grandes centros de concentración del capital mundial. Actúan así los territorios periféricos como soporte complejo del proceso extractivo-productivo de insumos para las economías de alto nivel de consumo, al mismo tiempo que protagonistas de un proceso periférico de reproducción ampliada tanto para sostener/complementar el proceso extractivo, como resultado de fuerzas internas que promovieron la industrialización en permanente conflicto entre variantes del modelo de acumulación en el tercer mundo.

Al encontrarse en América Latina y toda la periferia mucho más frecuentemente con formaciones económico-sociales en las cuales si bien predomina el capitalismo como forma socio-productiva, coexisten subsumidos y/o entrelazados otros modos de producir y socializar, es entonces posible observar tipologías de conflictos y de sujetos sociales de una mayor variedad y de una más amplia trayectoria histórica. Reproducción ampliada y mecanismos de la acumulación originaria coexisten provocando una amplia diversidad de conflictos en correlación con esta complejidad en los modos de acumulación. Varios se preguntan acertadamente sobre la existencia de un nuevo modo de acumulación basado en la proliferación de procesos de despojo violento de bienes comunes y sobre la continuidad de estos mecanismos de acumulación originaria en nuestros días (Composto y Pérez Roig, 2012). A propósito de esto, es importante entonces revisar toda otra batería de escritos que proponen la reciente aparición de un modo de desarrollo que llaman “extractivismo” (desconociendo la propia historia del subcontinente), así como aquella otra más clásica que entiende a América Latina predominante o exclusivamente en términos de sólo un proceso de industrialización. Como suele ocurrir, la historia y la realidad son infinitamente más complejas y dialécticas que estos esquemas intelectuales de facilitación interpretativa.

Es entonces que no puede pensarse a la historia del desarrollo socio-territorial latinoamericano sin tener en cuenta primariamente la ecuación capital-recursos naturales, por cuanto emergió al mundo moderno con un papel predominante de dadores de materias primas, ya sea recursos minerales o agropecuarios. La particular conjunción entre tecnología, trabajo y territorio constituye un eje clave de la actual competencia internacional a la vez que pilar fundamental en el proceso de construcción de hegemonía. Las disputas internas al mercado, por el grado de participación en la distribución de los beneficios, se expresan cada

vez más fuertemente, tanto por el desarrollo tecnológico como en la carrera por la búsqueda de espacios, ya sea para la extracción de los recursos-insumos como para la construcción de mercados de consumo, ya que expansión/globalización es inherente a toda la modernidad.

Bajo estas circunstancias, y particularmente en América Latina inmersa en un proceso de reprimarización de su economía, encontrarse cotidianamente con conflictos en donde la disputa por el territorio y los recursos son su eje fundamental no debería sorprendernos, y mucho menos llevarnos a pensar ligeramente que aquellos llamados nuevos movimientos sociales surgen espontáneamente tras la muerte política del llamado viejo paradigma, como aquel que estaba representado básicamente por los conflictos sindicales (Offe, 1996). Es que existe una correlación tanto entre predominancia de modo de acumulación con tipología de conflictos y sujetos participantes de los mismos, como entre conflictos y paradigma socio-político, todo matizado por las variaciones de las subjetividades, de tal manera que la conjunción entre estas dimensiones genera un panorama más que rico de situaciones, sin que esto implique caer en la indeterminación por definición filosófica. La particular configuración socio-histórica determinará en cada caso la cadena de tesis y antítesis, siendo el modo de acumulación el sustrato básico que definirá, cuanto menos, la variedad de sujetos y procesos productivos y reproductivos a partir del cual se configurará la diversidad de procesos identitarios.

Pero diferenciar taxativamente, al estilo del viejo y del nuevo paradigma, la serie compleja de conflictos del siglo XX y el actual, en conflictos de la reproducción ampliada por un lado y conflictos de la acumulación originaria del otro, es cuanto menos una tarea no sólo más que ficticia, sino y fundamentalmente un objetivo ingenuo que nunca dará frutos clarificadores. Salvo los procesos de luchas obreras que acompañaron la formación de los partidos socialistas y comunistas, y las organizaciones anarquistas en el nacimiento y consolidación del marxismo en la Europa occidental del siglo XIX con una mayor impronta de luchas en el marco de la reproducción ampliada, al resto de los grandes conflictos posteriores, comenzando por la revolución mexicana, pasando por la rusa, la china, la boliviana, la cubana, vietnamita, nicaragüense, etc., se hace imposible situarlos en sólo uno de los polos. Esto no quita que casi todos estas se llevaran a cabo en décadas en donde el marxismo y toda la intelectualidad crítica planteaban mayoritariamente el debate en torno a la contradicción capital-trabajo y en el marco de la estrategia de cambio social y político totalizador y bien explicitado, dando por sentado que el capitalismo mundial había entrado de lleno en la etapa de la reproducción ampliada, y había dejado atrás el proceso de la acumulación originaria. En la actualidad en cambio, cuando en ciertos círculos se ha revalorizado y recategorizado la vigencia de mecanismos de la acumulación originaria, se pueden identificar muchos conflictos contemporáneos como más cercanos a este proceso, dada la persistencia de este tipo de acumulación y separándose relativamente de otros conflictos en contacto más directo con los caminos de la reproducción ampliada; al mismo tiempo que el horizonte de cambio

se ha desdibujado un tanto dadas las crisis generadas por el avance neoliberal y la condición posmoderna. Las actuales luchas ambientalistas, de campesinos y de pueblos originarios caen, según muchos intérpretes contemporáneos en el esquema que las asocia con lo “nuevo”, distanciándose así de las luchas de la clase obrera que habrían quedado en otra etapa o forman parte de otra discusión. Pensar, en cambio, los conflictos como un juego permanente entre luchas en el marco de la reproducción ampliada y en el marco de la persistencia de los procesos de la acumulación originaria, constituye no sólo un desafío intelectual importante sino que además obliga a repensar ciertos supuestos para situarnos en un esquema un tanto más complejo. Aquí la definición deberá tener necesariamente en cuenta los modos de acumulación predominantes en tiempo y lugar (en correlación con la complejidad de formaciones económico-sociales); las características de los conflictos en tanto causas, demandas y perfil ideológico; la tipología de sujetos involucrados, el entramado político-económico y por último (en un listado sólo indicativo y nunca exhaustivo) las variables de identidades y subjetividades en juego en el marco del conflicto.

Pensar América Latina implica reconocer más explícitamente la correlación dialéctica entre reproducción ampliada y acumulación originaria. En este territorio se cruzan, a lo largo de toda su historia, los debates entre desarrollo y subdesarrollo; dependencia y liberación; indigenismo y occidentalismo; imperialismo y nacionalismo; industrialismo y producción agraria; y obviamente entre capitalismo y socialismo. La rica y compleja diversidad cultural y política se entrecruza permanentemente con este esquema dialéctico otorgándole a cada situación histórica tendencias diferenciales que mal nos pueden llevar a hablar de procesos equivalentes y homogéneos, más allá de ciertas determinaciones básicas conjuntas. Si la revolución mexicana fue una lucha antioligárquica en donde se superponían clases burguesas y movimientos subalternos de base campesina en pos de un proyecto modernizador para los primeros y liberador para los segundos, la revolución boliviana de 1952 fue un movimiento insurreccional fuertemente obrero imbuido de ideales bolcheviques en una extraña paradoja de un país básica y fuertemente campesino e indígena, que resultó finalmente en un proyecto reformista que se deshizo del componente proletario primero, para corromperse luego (durante el neoliberalismo). Resurgen, finalmente en nuestros días, con la emergencia insurreccional del componente mayoritario campesino-indígena, esos que tuvieron una escasa presencia en las luchas de mediados de los '50 para reconstruirse ya complejamente a partir de una serie dialéctica de antagonismos que van desde los étnicos, pasando por los socio-culturales, de clases, de soberanía, territoriales y de recursos ecológicos (Hernández et al, 2010; Escobar de Pabón, 2004; Farah et al, 2011). La insurrección y la nueva gobernabilidad, a partir de las premisas del “buen vivir”, plantean reivindicaciones, cambios, reformas y posicionamientos que dialogan permanentemente con diversas contradicciones, amparados en una situación socio-histórica de las tantas que abundan en América Latina, donde la instalación de la reproducción ampliada se superpone en forma permanente con los mecanismos de la acumulación originaria,

pues la vía mercado-plusvalía del capitalismo se conjuga con los procesos de violencia, saqueo y desposesión sobre comunidades, territorios, etnias y recursos ecológicos. El complejo proceso de reivindicaciones y transformaciones del presente pivotea sobre esta complejidad, y aunque no puede llegar, en muchas ocasiones, a la médula de los mecanismos de opresión y explotación, nos plantea un desafío intelectual y socio-político digno de tenerlo claramente presente. La revolución cubana por su parte, además de sus cualidades que desandan todos los esquemas rígidos, inauguró toda una década de fuerte rebelión (no sólo política, sino además teórica y cultural) en toda América Latina que necesitó finalmente de sangrientas dictaduras para imponer modelos de individualismo extremo, destruyendo redes y solidaridades históricas en el marco de modelos socioeconómicos y políticos neoliberales e ideológico-culturales neoconservadores. Lo que siempre estuvo en juego fue un modo de acumulación y desposesión concentrado, que conjuga reproducción ampliada y acumulación originaria lideradas durante décadas por la doctrina del desarrollo y la modernización contra diversas estrategias de liberación y construcción de modos alternativos. Proceso complejo que fue variando a lo largo del tiempo y el espacio no sólo gracias al momento histórico y al paradigma político vigente, sino además gracias a la estructura social y política, a la construcción cultural ideológica y a la lectura que ésta haga de la primera según las características de las clases involucradas en los procesos de conflicto.

Consideraciones finales

Si la desposesión entonces atraviesa las diversas formas de la acumulación, falaz es determinar a la “acumulación por desposesión” como un nuevo modo de acumulación característico del capitalismo contemporáneo —siendo a su vez sacralizado por muchos movimientos intelectuales y sociales de nuestros días en su intento por hacerlo operativo—. Es que este concepto peca de un carácter relativamente tautológico, por cuanto todo proceso de acumulación capitalista implica siempre un proceso de desposesión, ya sea que lo que predominen sean los procesos de la reproducción ampliada o de la acumulación originaria. Es así poco feliz una diferenciación dicotómica entre un modo de acumulación con desposesión y otro aparentemente sin ella. El despojo o el saqueo se dan tanto en los procesos de acumulación característicos de la reproducción ampliada, en donde intervienen arquetípicamente una empresa capitalista y una masa de trabajadores asalariados, como en lo que hoy se ha dado en llamar acumulación por desposesión. Pero por cierto, esta permanencia en nuestros días de procesos característicos de la acumulación originaria nunca o casi nunca se generan si no es en correlación dialéctica con los procesos de la reproducción ampliada tanto si, relaciones de mayor continuidad o de mayor discontinuidad, medien entre ambos. En este sentido, lo que podemos identificar son tendencias, predominios de procesos que pivotan entre ambos polos de los modos de acumulación. Los conflictos sociales estarán entrelazados dialécticamente con estas tendencias. Es obvio que la insurgencia obrera no puede darse o no puede ser predominante en espacios o momentos ya sea

cuyo desarrollo industrial sea limitado (revolución mexicana y cubana, por ejemplo) o ya sea cuando este desarrollo esté tan avanzado que será el sector terciario el que se vuelva predominante y/o cuando la declinación de la lucha obrera ceda paso al acuerdo programático (Europa occidental en los años '60-'70), poniendo así un freno a la lucha de clases “tradicional” —en su sentido más clásico— en forma abierta y explícita. La conflictividad en la Argentina de los años '60 muestra cómo la insurgencia obrera se inserta en un fuerte proceso de redefinición del modelo industrializador, quedando en claro la correlación entre acumulación vía desarrollo industrial y el mundo del trabajo como eje de los conflictos. Como contraparte, en aquellos momentos o espacios en donde lo que prime sea la producción agraria o extractiva es esperable observar en mayor medida conflictos con vinculación más directa con los procesos identificados con la pervivencia de los mecanismos de la acumulación originaria (Bolivia y Ecuador en la actualidad), en donde el despojo material (de recursos, tierras y formas de vida) sea más explícito y los sujetos sociales y las clases y fracciones de clases tengan una mayor dispersión identitaria que aquella del modelo clásico obrero vs capitalista industrial.

Al ser América Latina (y todo el tercer mundo) una sumatoria de regiones en donde el nuevo modo de producción de la modernidad fue traído desde fuera por sobre las culturas y las poblaciones originarias (con formas productivas, políticas y sociales bien diferentes del capitalismo y a su vez diferentes entre sí), se conforma una compleja trama de superposición/complementación entre el capitalismo y otros modos productivos, dando lugar a formaciones sociales sumamente complejas. Vía el juego del par coerción-consenso (Galafassi, 2011), un capitalismo periférico intentó e intenta imponerse sin terminar nunca de aniquilar las formaciones y culturas originarias. Es entonces que los conflictos que surgen indefectiblemente no pueden escapar a esta complejidad y por lo tanto resulta más que básico, en lugar de importar modelos intelectuales creados a imagen y semejanza de los conflictos del capitalismo avanzado, generar modelos de interpretación que puedan dar cuenta de las particularidades de este entramado complejo de formaciones sociales.

Referencias

- Aglietta, Michel (1986). *Regulación y crisis del capitalismo: La experiencia de los Estados Unidos*. México: Siglo XXI.
- Auyero, Javier (2004). *Vidas beligerantes: dos mujeres argentinas, dos protestas y la búsqueda de reconocimiento*. Quilmes: Editorial UNQ.
- Bonefeld, Werner (1992). “La reformulación de la teoría del estado”, en Hirsch, J. et al (compiladores). *Los estudios sobre el Estado y la reestructuración capitalista*. Buenos Aires: Ed. Tierra del Fuego.
- Bonefeld, Werner (2012). “La permanencia de la acumulación primitiva: fetichismo de la mercancía y constitución social”. *Revista Theomai*, n°26, pp. 56-72.

- Boyer, Robert (1989). *La teoría de la regulación: un análisis crítico*. Buenos Aires: Humanitas.
- Clarke, Simon (2007). *The Development of Capitalism in Russia*. New York: Routledge.
- Clarke, Simon (2009). “La lucha de clases y la clase obrera: el problema del fetichismo de la mercancía”. En: Dinerstein, Ana y Michael Neary. *El trabajo en debate. Una investigación sobre la teoría y la realidad del trabajo capitalista*. Buenos Aires: Herramienta.
- Cleaver, Harry (2009). “¿El trabajo todavía es la cuestión central! Palabras nuevas para mundos nuevos”. En: Dinerstein, Ana y Michael Neary. *El trabajo en debate. Una investigación sobre la teoría y la realidad del trabajo capitalista*. Buenos Aires: Herramienta.
- Craig Jenkins, J. (1994). “La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales”. *Zona Abierta*, n° 69, pp. 5-47.
- De Angelis, Massimo (2012). “Marx y la acumulación primitiva: el carácter continuo de los cercamientos capitalistas”. *Revista Theomai*, n° 26, pp. 16-35.
- Diani, Mario (1992). “The concept of social movement”. *The Sociological Review*, vol. 40, n°1, pp. 1-25.
- Dinerstein, Ana y Michael Neary (2009). *El trabajo en debate. Una investigación sobre la teoría y la realidad del trabajo capitalista*. Buenos Aires: Herramienta.
- Escobar de Pabón, Silvia (2004). “Ajuste y liberalización, las causas del conflicto social en Bolivia”. *OSAL*, n° 12, pp. 47-56.
- Farah, Ivonne y Luciano Vasapollo (2011). *Vivir bien ¿Paradigma no capitalista?* La Paz, Bolivia, CIDES-UMSA-SAPIENZA-OXFAM.
- Federici, Silvia (1990). “The debt crisis, Africa and the New Enclosures”. *Midnight Notes*, n° 10, pp. 10-17
- Federici, Silvia (2010). *Caliban y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Galafassi, Guido (2006). “Cuando el árbol no deja ver el bosque. Neofuncionalismo y posmodernidad en los estudios sobre movimientos sociales”. *Revista Theomai*, n°14, pp. 37-58.
- Galafassi, Guido (2012). “Para una relectura de los procesos de conflicto y movilización social en la Argentina de inicios del milenio (2001-2003)”. *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 74, n°1, pp. 69-88.
- Galafassi, Guido (2012b). “¿Qué hay de nuevo, viejo? Procesos de movilización y conflictos socioambientales”. *Conflicto Social*, año 5, n° 8, pp. 8-40.

- Galafassi, Guido (comp.) (2011). *Ejercicios de hegemonía. Lecturas de la Argentina contemporánea a la luz del pensamiento de Antonio Gramsci*. Buenos Aires, Herramienta ediciones.
- Galafassi, Guido (2006b). *Naturaleza, Sociedad y Alienación. Ciencia y proceso social en la modernidad*. Montevideo: Nordan-Comunidad.
- Gaudichaud, Franck (coord.) (2010). *El volcán latinoamericano. Izquierda, movimientos sociales y neoliberalismo al sur del río Bravo*. Buenos Aires: CLACSO.
- Giarraca, Norma (2001). *La protesta social en la Argentina*. Buenos Aires: Alianza.
- Gilly, Adolfo y Rhina Roux (2009). "Capitales, tecnologías y mundos de la vida. El despojo de los cuatro elementos". En: Enrique Arceo y Eduardo Basualdo (comps.). *Los condicionantes de la crisis en América Latina. Inserción internacional y modalidades de acumulación*. Buenos Aires: CLACSO.
- Glassman, Jim (2006). "Primitive accumulation, accumulation by dispossession, accumulation by 'extra-economic' means". *Progress in Human Geography*, vol. 30, n°5, pp.608-625.
- González Casanova, Pablo (1969). *Sociología de la explotación*. México: Siglo XXI.
- González Casanova, Pablo (2003). *Colonialismo interno (una redefinición)*. México: UNAM.
- Gramsci, A. (1992). "Análisis de situaciones y correlaciones de fuerzas". *Antología, selección, traducción y notas de Manuel Sacristán*. México: Siglo XXI.
- Hardin, Garret (1968). "The Tragedy of Commons". *Science*, vol. 162, n° 3859, pp. 1243-1248.
- Harvey, David (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid, Akal.
- Hernández, Marisa, Gabriela Armida y Augusto Alberto Bartolini (coord.) (2010). *Bolivia. Conflicto y Cambio social (1985-2009)*. Buenos Aires: Editorial Newen Mapu.
- Hirsch, J. et al (1992). *Los estudios sobre el Estado y la reestructuración capitalista*. Buenos Aires: Tierra del Fuego.
- Holloway, John (2009). "Clase y clasificación: en contra, dentro y más allá del trabajo, y un marxismo reduccionista". En: Dinerstein, Ana y Michael Neary. *El trabajo en debate. Una investigación sobre la teoría y la realidad del trabajo capitalista*. Buenos Aires: Herramienta.
- Horkheimer, Max y Theodor Adorno (1969). *Dialéctica del Iluminismo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Jessop, Bob (1980). "Teorías recientes sobre el estado capitalista". *Críticas de la Economía Política*, n° 16/17.
- Jessop, Bob (1996). "Osos polares y lucha de clases". *Cuadernos del Sur*, n° 21.

- Kosik, Karel (1967). *Dialéctica de lo concreto*. México: Grijalbo.
- Kruse, Thomas (2005). "La guerra del agua en Cochabamba, Bolivia: terrenos complejos, convergencias nuevas". Enrique de la Garza Toledo (comp.). *Sindicatos y nuevos movimientos sociales en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Lander, Edgardo (2004). "Venezuela: proceso de cambio, referéndum revocatorio y amenazas territoriales". *OSAL*, n° 13, pp. 57-66.
- Levidow, Les (1990). "Holding the Green Line, Israeli Ecological Imperialism". *Midnight Notes*, n°10, pp. 23-27
- Lipietz, Alan (1992). *Towards a New Economic Order. Postfordism, Ecology and Democracy*. Cambridge: Polity Press.
- Luxemburgo, Rosa (2007). *La acumulación del Capital*. La Plata: Terramar.
- Mariátegui, José Carlos (1928). *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Biblioteca Amauta.
- Marx, Karl (1974). *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*. Buenos Aires: Brumario.
- Marx, Karl (2004). *El Capital*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- McAdam, Doug (1982). *Political Process and the Development of Black Insurgency 1930-1970*. Chicago: The University of Chicago Press.
- McCarty, John y Mayer N. Zald (1977). "Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory". *American Journal of Sociology*, vol. 82, n°6, pp. 1217-1218.
- Melucci, Alberto (1984). "An end to Social Movements?". *Social Science Information*, vol. 23, n° 4/5, pp. 819-835.
- Mezzadra, Sandro (2001). *Diritto di fuga. Migrazioni, cittadinanza, globalizzazione*. Verona: Ombre Corte.
- Midnight Notes (1990). The New Enclosure, n° 10, <http://www.midnightnotes.org/newenclos.html>.
- Navarro Trujillo, Mina Lorena (2015). *Luchas por lo común. Antagonismo social contra el despojo capitalista de los bienes naturales en México*. Puebla: BUAP y Bajo Tierra Ediciones.
- Offe, C. (1996). *Partidos Políticos y Nuevos Movimientos Sociales*. Madrid: Sistema.
- Olson, Mancur (1965). *The Logic of Collective Action*. Cambridge (Mass.): Harvard University Press.
- Perelman, Michael (2012). "La historia secreta de la acumulación primitiva y la economía política clásica". *Revista Theomai*, n° 26, pp. 36-55.

- Piqueras, Andrés (2002). *Movimientos sociales y capitalismo. Historia de una mutua influencia*. Valencia: Ed. Germaia.
- Revista Theomai (2012). Modos de acumulación, recursos naturales y dominio colonial en América Latina, n° 25, <http://revista-theomai.unq.edu.ar/NUMERO%2025/Index.htm>.
- Revista Theomai (2012). Trazos de sangre y fuego, ¿continuidad de la acumulación originaria en nuestra época?, n° 26, <http://revista-theomai.unq.edu.ar/NUMERO%2026/Index.htm>.
- Riker, David (1990). "The Struggles against Enclosures in Jay, Maine". *Midnight Notes*, n°10, pp. 42-53.
- Roux, Rhina (2008). "Marx y la cuestión del despojo. Claves teóricas para iluminar un cambio de época". *Revista Herramienta*, n° 38, pp. 89-112.
- Schuster, Federico (2005). "Las protestas sociales y el estudio de la acción colectiva". En: Schuster, Naishtat, Nardacchione y Pereyra (comp.). *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Svampa, M. y S. Pereyra (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.
- Taylor, Graham (2009). "Trabajo y subjetividad: repensar los límites de la conciencia obrera". En: Dinerstein, Ana y Michael Neary. *El trabajo en debate. Una investigación sobre la teoría y la realidad del trabajo capitalista*. Buenos Aires: Herramienta.
- Tarrow, Sidney (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Universidad.
- The Commoner (2001). Enclosures, the Mirror Image of Alternatives, n° 2, <http://www.thecommoner.org>.
- Illy, Charles (1978). *From Mobilisation to Revolution*. New York: McGraw-Hill.
- Touraine, A. (1978). "An Introduction to the Study of Social Movements". *Social Research*, vol. 52, n° 4, pp. 749-787.
- Villamil Velásquez, Javier Fernando (2013). "Consolidación de la gran minería transnacional en Latinoamérica". *Revista Theomai*, n° 25, pp. 46-57.
- Villegas Quiroga, Carlos (2003). "Rebelión popular y los derechos de propiedad de los hidrocarburos". *OSAL*, n°12, pp. 27-34.